

## PERFIL DE AMADO ALONSO Y SU OBRA

por

MIGUEL ANGEL ANDREETTO

El trigésimo aniversario del fallecimiento de Amado Alonso, constituye motivo fundamental, para referirnos —aunque ello sea en forma sucinta— a la permanente vigencia de su aporte a la lingüística y la filología hispánica. Contribución indudablemente importante la suya, toca muy de cerca a la Argentina, porque desde nuestro país se proyectó gran parte de su intenso quehacer académico, docente y de alta investigación, traducido en obras abundantes en conceptos y conclusiones renovadoras. La cátedra, el curso abierto, la tarea de gabinete, la colaboración en revistas de cultura y especializadas como *Síntesis*, *Verbum*, *Nosotros* y *Sur*, en el periodismo en *La Nación*, el libro, en fin, se convirtieron en otros tantos canales adecuados para divulgar el producto de esa vida intelectual de señalado vuelo.

Alonso nació en Lerín (Navarra) el 13 de setiembre de 1896; concluida la escuela primaria, cursó el bachillerato en Pamplona y después los estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Fue en aquella casa discípulo de Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, el cual vislumbró la avidez de conocimientos del entonces joven estudiante, y medió para que ingresara en el Centro de Estudios Históricos, del que posteriormente sería profesor. Recibió, en ese

nivel, clases de Fonética Experimental dictadas por Tomás Navarro Tomás; y poco más tarde, por indicación del propio don Ramón, fue contratado para dirigir el Instituto de Filología de Buenos Aires, funciones que años antes habían desempeñado por breve término, Castro (1923), Agustín Millares Carlo (1924) y Manuel de Montolío (1925). Formado en el marco de la escuela positivista, a la sazón en boga en Alemania —en donde había seguido cursos de perfeccionamiento hasta 1924— Alonso contaba ya en su haber, con el descubrimiento de un trozo del *Roncesvalles*, cantar de gesta del siglo XIII, considerado por algunos críticos como un jalón muy importante en la historia de la literatura española. Al llegar al país, el nuevo director del Instituto —subraya Angel Rosenblat, dilecto discípulo y colaborador suyo— parecía joven para ocupar cargo de tanta responsabilidad, y al manifestársele dicha impresión, él la soslayó con no fingida naturalidad afirmando: “No se preocupen. Es un defecto que se me corregirá con los años” (1).

El cometido de Alonso se habría de caracterizar por lo creativo e integral puesto que, además de incrementar el repertorio de la biblioteca —muchos de los libros eran de su pertenencia— consagró empeñosos esfuerzos en favor de la disciplina que lo atraía y que se propuso promover en la Argentina. Convocó, de tal guisa, a especialistas como el mencionado Rosenblat, Marcos A. Morínigo, Eleuterio F. Tiscornia y Pedro Henríquez Ureña; pero a la par comenzó, como gran maestro que era, a formar discípulos de la talla de Raimundo Lida, María Rosa Lida, Frida Weber, Ana María Barrenechea, Berta Elena Vidal de Battini, Julio Caillet Bois y Enrique Anderson Imbert, quienes con el correr del tiempo honrarían a la enseñanza y a la investigación lingüístico-literaria. Al grupo nucleado en el Instituto de Filología, se debe —entre otros mo-

(1) *ÁNGEL ROSENBLAT, Amado Alonso en Cursos y Conferencias. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Volumen XLIII. Año XXI. Nros. 253-254-255. Abril, mayo y junio de 1952, Buenos Aires, p. 115.*

tivos de prestigio— la publicación de la *Revista de Filología Hispánica* en común con el Hispanic Institute de la Universidad de Columbia, los seis volúmenes y tres anejos de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, los tres volúmenes y dos anejos de la Colección de Estudios Estilísticos y un volumen de la Colección de Estudios Indigenistas. A pesar de tal ritmo de laboriosidad, no le faltaron ni tiempo ni energías suficientes como para dirigir diversas series que le fueran encomendadas por la editorial Losada.

Espiritualmente aclimatado en Buenos Aires, su acción fue coherente y sostenida, sobrellevada con pasión, dignidad y solvencia; y se polifurcaba en la conferencia, en el aula, en la participación en congresos, sin descuidar la empresa de verdadero aliento. Así, por ejemplo, en la recordada tribuna del Colegio Libre de Estudios Superiores dictó cursos sobre los más disímiles tópicos: *Introducción a la filosofía del lenguaje* (1931), *El problema de las partes de la oración* (1932), *Pasado y futuro del castellano en América* (1935), *La enseñanza del idioma castellano con los nuevos programas* (1937), *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética* (1938), *La lingüística del siglo XIX* (1940), *Ritmo del verso y ritmo de la prosa* (1941), *Lectura comentada del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz* (1942) y *Pedro Henríquez Ureña, el investigador* (1946), entre otros. Dable resulta advertir, según la naturaleza de los temas consignados, la aparición de las facetas del lingüista, del filólogo, del crítico literario, siempre en un plano de llamativa relevancia.

Durante su estada en la Argentina fue profesor titular de las cátedras de Lingüística Romance en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, de Filología Castellana en la de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata y de Gramática Histórica en el entonces Instituto Nacional del Profesorado Secundario, también de Buenos Aires. El testimonio de todo ex-alumno sobre el profesor que suscita admiración, por su caudal de saber y por la forma entusiasta

de volcarlo en la transferencia, vale mucho más en esta nota, que cuanto pudiéramos nosotros decir a la distancia, sin haberlo conocido en persona, en su viva presencia. Por ello el lector de algunos trabajos de su esclarecido talento, debe abrir paso a esa imagen sutilmente captada, hasta en sus mínimos detalles, como la siguiente: "Brotó en el recuerdo la recia juventud de Amado Alonso, sentado a una mesa de examen, el pelo militarmente cortado a cepillo, el rostro dulce y fuerte, a la vez, agitándose nervioso en su silla y deteniendo su mirada penetrante, de una expresión poco común, sobre los que, *en capilla*, aguardábamos temerosos (. . .). Amado Alonso poseía ese *no sé qué* magistral, ese don de magisterio que viene de *nativitate*, que no se aprende ni da la práctica didascálica: ese saber pedagógico infuso que sencillamente, porque sí se tiene o no se tiene, y sólo cuando el maestro lo posee, la relación entre él y sus alumnos da como resultado una enseñanza y un aprender verdadero" (2).

De entre su vastísima producción mencionamos algunos pocos títulos como *El grupo tr en España* (1925), *Lingüística Espiritualista* (1927), *Estructura de las Sonatas de Valle Inclán* (1928), *Paul Groussac estilista* (1929), *Introducción a la estilística romance* (1932), *Intereses filológicos e intereses académicos* (1933), *Preferencias mentales en el habla del gaucho* (1933), *Ruptura y reanuda de la tradición idiomática* (1933), *El problema de la lengua en América* (1935), *Plan de exposición de la fonética dialectal* (1936), *Primeros problemas históricos del castellano de América* (1937), *Castellano, español e idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres* (1938), *La pronunciación americana de la z y de la c en el siglo XVI* (1939), *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La Gloria de Don Ramiro* (1942), *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943), *El descubrimiento de América y el idioma*

(2) AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO, *Semblanzas: Amado Alonso* en *Revista de la Universidad*, Nº 1. Julio-setiembre de 1957, La Plata, p. 131.

(1944), *Maestría antigua en la prosa* (1945), *Estudios lingüísticos* (1951) y *Materia y forma en poesía* (1955).

Los trabajos de Alonso muestran un sello de objetividad metodológica, de claridad de expresión, de prolijidad de desarrollo. Dichas cualidades se reflejan, asimismo, en su actividad docente; tenemos a nuestro alcance el programa de su cátedra de Lingüística Romance, en cuyo texto se indica la bibliografía de cada uno de los temas, con estricta referencia al capítulo, párrafo y hasta el número de páginas que deben consultarse para satisfacer los requerimientos del examen. La modalidad de esa estructura no significa, en modo alguno, que el programa haya sido limitado en su profundidad, que su desarrollo sea superficial, constreñido en su extensión; sino que, por el contrario, conlleva en su espíritu la exigencia de los temas o subtemas aledaños o circunstanciales<sup>(3)</sup>. Por alguna razón Alonso "tenía fama de interrogar mucho en los exámenes"...

En todo sentido el insigne filólogo español fue un renovador auténtico —alguien asigna a la *Gramática Castellana* que escribiera con Henríquez Ureña, un papel equivalente al que jugara la de Bello, en su momento— en cuanto concierne a revisión de la teoría imperante en la materia. Hombre de exquisita sensibilidad y cultivado buen gusto, al leer una obra, penetraba con sutil, iluminada vivacidad los valores expresivos del lenguaje, e iba al meollo de aquélla. "Para Alonso, en la parte más original de su producción, la lingüística fue esencialmente estilística en la acepción más amplia y fecunda de esta palabra de que suelen abusar lingüistas y críticos de la literatura (...). El camino preferido por él para penetrar en el corazón del autor era el examen estilístico, o al menos una caracterización estilística" (4).

(3) UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. Facultad de Filosofía y Letras, *Programas de los cursos de la...*, Buenos Aires, 1934, págs. 87-96.

(4) BENVENUTO TERRACINI, *En memoria de Amado Alonso en Cursos y Conferencias*. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Volumen XLIV. Año XXII. Nros. 262-263-264. Enero, febrero y marzo de 1953, Buenos Aires, p. 488.

En esa su revolucionaria actitud de análisis se apoyan trascendentes aportes suyos, como la interpretación del artículo determinante, de los diminutivos y de las construcciones con los verbos de movimiento. En Alonso aparece a modo de una evidente constante, el imperioso propósito de emplear en el ejercicio de la crítica literaria los métodos de Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, para transponer el límite de lo simplemente histórico y positivista —no obstante su indiscutible devoción personal por la figura de Menéndez Pidal— y “subir por los hilos capilares de las formas idiomáticas más características hasta las vivencias estéticas originarias que las determinaron”. A través de ese prisma se desenvuelven sus estudios sobre las obras de Lope de Vega, Valle Inclán, Larreta, Guillén, Neruda y Güiraldes, bibliografía en su totalidad, de meduloso contenido y exhaustivo análisis, muy útil para todo ensayo serio sobre los referidos autores. Con respecto a las traducciones del citado Vossler, Ferdinand de Saussure y Charles Bally, así como al prólogo de la edición oficial venezolana de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Andrés Bello, no se reduce en el primer caso a verter el texto, ni en el segundo a repetir conceptos. Muy por el contrario, su intencionalidad va más lejos: enriquece su labor con escolios personales y agrega inferencias ciertamente valiosas, que estimulan el interés del estudioso y del discípulo.

Personalmente Alonso tenía una agudeza sin par, inconfundible, que lo distinguía, en sus oportunas reacciones. Dotado de rapidez mental extraordinaria y desbordante, hacía consciente o inconscientemente gala de chispeante ingenio y no desaprovechaba la ocasión de deslizar, como al acaso la fina ironía propia de su manera de ser. Así, entre algunos episodios, refiérese que en su condición de profesor adjunto de Literatura Española le correspondió integrar una comisión examinadora. Determinó ese día el azar, que un mismo autor saliera varias veces del bolillero, como tema de exposición; al hablar el estudiante y aseverar que el estilo del escritor elegido era con-

ciso, sobrevino el comentario espontáneo e incisivo: "Concisos son los apuntes por donde estudian ustedes". En otra ocasión solicitó el préstamo de un libro perteneciente a una colección, y el bibliotecario le respondió que ese trámite debía realizarse, por lo menos, con un día de anticipación. El estoque no demoró en llegar: "¿Por qué? ¿Acaso lo cuecen?". Colegas y alumnos conocían su afición a la pelota vasca y al fútbol —recordemos, de paso, su inocultable simpatía por el Racing Club de Avellaneda— y con amable gracejo decía de otro filólogo amigo suyo —más partidario de la lectura que de los deportes— que, invitado a presenciar un partido, lo había hecho con un reglamento en la mano... (5).

Tales son algunos rasgos salientes, particulares de la personalidad y la obra de Alonso que, separado un día de sus cátedras, se alejó para siempre de la Argentina —su país de adopción— para radicarse en los Estados Unidos y desempeñarse en la Universidad de Harvard. En esas nuevas aulas reeditó su excepcional labor de estudioso; trabajaba con inagotable ahinco alrededor de la pronunciación antigua española y su paso a la moderna, cuando el 26 de mayo de 1952 hizo crisis la enfermedad que lo afectaba y falleció en Arlington. Sus restos recibieron sepultura junto a los del no menos renombrado poeta Pedro Salinas, en el cementerio de Mount Auburn. Tras el paso por la vida de este "maestro de rigurosa formación científica y crítico de rara penetración" (6), ha quedado el indeleble ejemplo de una trayectoria fructífera de profunda huella entre sus alumnos, a quienes apreció y estimuló sin reserva.

(5) AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO, *Art. cit.* Pág. 132.

(6) ROBERTO F. GIUSTI, *La crítica y el ensayo*, en *Historia de la Literatura Argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, tomo IV, Peuser, Buenos Aires, 1959, pág. 483.

